
Integración/desintegración: nuevos signos de identidad en el Mercosur

⇐ Fernando Andacht*

“El problema político que confronta la Unión Europea se deriva del hecho de que, a diferencia de lo que pensaban quienes preconizaban una visión economicista de la sociedad, *las opciones políticas no son determinadas primariamente por motivaciones económicas pero sí por motivaciones socioculturales*” (Jaguaribe, 1999: 9, énf. agreg. F.A.)

Cuando lo humano tiende a pensarse en términos de globalización, o en su defecto de regionalización, parece un deseo insensato o un proyecto científico a contrapelo el dedicarse a analizar lo microsocioal, aquello que ni siquiera alcanza la categoría de “local”, sino lo que es segmentado por país, por edad, por actitud y por lugar dentro del sistema social. Y más extraño aún es el hacerlo como prolegómeno a un estudio sistemático del fenómeno de regionalización en determinada parte del mundo. No obstante, la idea en que se basa la siguiente reflexión es que para pensar íntegramente el proyecto de integración regional, a su vez constitutivo de la mundialización que arrasa con fronteras y Estados tradicionales, se debe incluir en la agenda de las ciencias sociales la dimensión del orden de la interacción (Goffman, 1982). Con este concepto me refiero a una noción ampliada de los encuentros cara a cara, pues incluye un ámbito, el de la textualidad periodístico-literaria, que si bien no figura en la formulación original de dicho ámbito, no era ajeno al método goffmaniano de analizar lo cotidiano. Mi objetivo es considerar la percepción de sí mismo que tienen los sujetos afectados por este proceso regional denominado Mercado Común del Sur o Mercosur.

Para dicho análisis es ineludible la inclusión del Otro, de ese contraste fundante contra el cual chocamos necesariamente en el proceso de socialización, y del cual surge como resultado la identidad personal y colectiva, la visión de lo propio. Así

* Profesor del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República Oriental del Uruguay. Investigador en el área de la sociosemiótica.

el *self* o sí mismo incluye como aspecto integral al otro, a lo que nos limita, define y determina, en el sentido lógico o semiótico así como político y ético del término (ver Ricoeur, 1992: 329). Así, presentaré una serie de textos tomados de fuentes muy disímiles, desde el discurso juvenil más o menos espontáneo recogido en una investigación cualitativa realizada con la técnica de focus groups (Andacht, 1999), hasta la prosa cuidada e ideológica de un órgano de prensa escrita argentina, pasando por palabras del cuerpo político uruguayo y del cuerpo massmediático, la voz de una joven estrella rioplatense que habla de sus ansiedades al emigrar desde su país de origen (Uruguay) al país vecino (Argentina). Tematicen o no el asunto Mercosur, todas esas voces me servirán para articular una serie de hipótesis que luego habrá que verificar y ponderar mediante diversos enfoques metodológicos, ya sean éstos cuantitativos o no (encuestas, observación participante, etc.), y poder así incluir en la reflexión científica social sobre el proceso de integración del Mercosur el problema de la identidad social, el proceso incesante de auto- y meta- percepción (Laing, 1966; Posner, 1999) que teje la consistencia de esa “trama narrativa” llamada identidad personal y social (Ricoeur, 1992). Junto al flujo comercial entre los países miembros, al lado de los nuevos acuerdos sindicales de cara al futuro mercado laboral ampliado y a los acuerdos pasados y futuros sobre aranceles externos, es pertinente, sostengo, comenzar a revisar las actitudes de los pueblos que componen esta nueva región geopolítica. ¿Por qué? No porque sea éste un gesto humanista o simpático, sino porque, apoyado en la lógica del sentido o semiótica (Peirce, 1931/1958)¹, postulo la existencia de un continuo social que va desde sus zonas más marginales, ya sea geográfica o económicamente –en general lo uno va de la mano de lo otro– hasta sus elites gobernantes, y que pasa por sus publicistas, los que actúan, escriben, presentan masivamente ideas o imágenes de y sobre la sociedad. Afirmar que la producción de sentido o semiosis social es un único proceso omniabarcador, no supone minimizar, ni mucho menos negar las enormes diferencias de poder y de información que existen entre los extremos socioculturales. Esto podrá apreciarse una vez que se confronten y comparen algunos de los testimonios que traigo aquí: la voz firme y segura de un senador de la República (Uruguay), la de jóvenes sin nombre (Uruguay), la de firmantes de opiniones profesionales impresas (Argentina), la de un experto en sexualidad (argentino en Uruguay) o la de una estrellita de los medios en franco ascenso (uruguayana en Argentina). Todos estos signos que traigo como indicios de una problemática tienen mucho más en común que lo que puede pensarse a primera vista. Hay un efecto de goteo que inevitablemente lleva desde las elites gobernantes y empresariales hasta los estratos más ajenos a dicho ámbito decisorio. La ansiedad, el deseo, la imaginación y los prejuicios que comparten estas diversas zonas socioculturales no pueden zanjarse tan nítidamente como el género o los niveles socioeconómicos. Si aceptamos esa premisa continuista del sentido, la circulación de lugares comunes, temores y esperanzas que aquí presentaré puede tomarse como una evidencia de tipo cualitativo del significado de ese concepto nuevo y en cierta medida misterioso que sigue siendo el Mercado Común del Sur para la sociedad que recubre.

El orden sociocultural de la identidad y sus metáforas: hacia una lógica social

En un artículo sobre el nuevo orden mundial y el Mercosur, el prestigioso cientista social brasileño Helio Jaguaribe, autor del acápite de este artículo, plantea que uno de los grandes malentendidos en el seno del Mercosur es el temor que inspiran las supuestas ambiciones expansionistas del socio mayor, el Brasil. Ese miedo sería infundado pues “mencionaremos de entrada el hecho no irrelevante de que la cultura brasileña es lírica no épica y, por lo mismo, no propensa a imperialismos” (Jaguaribe 1999: 14). Dejo de lado por el momento el grado de acierto o error de esta afirmación, para preguntarme cuál es la base de este tipo de juicio. ¿Se trata acaso de un puro impresionismo sin base empírica o científica alguna? Para este caso particular no puedo afirmarlo a ciencia cierta, pero el deseo de probar lo contrario *a nivel teórico y general* anima el presente trabajo. Creo posible analizar de modo sistemático los materiales identitarios que circulan en una cultura, y que la habilitan a interpretar sus actos y a la vez a interpretarse a sí misma en cada instante. Lo que surge como sentido común y compartido en esa instancia no es un dato menor o accidental de una sociedad, sino algo tan real y tangible como los bienes y servicios que han sido puestos en la mesa de negociaciones a partir del Tratado de Asunción de 1991.

En mis ejemplos textuales me limitaré a considerar a dos de los miembros de la región: los socios rioplatenses en el Mercosur, Uruguay y Argentina. Como acceso metodológico privilegiado a estos diversos materiales recurriré a una estrategia discursiva de venerable tradición, la metáfora, que ha recibido un nuevo impulso de la ciencia cognitiva en las dos décadas pasadas. Me refiero a la corriente científica asociada inicialmente al lingüista George Lakoff y al filósofo del lenguaje Mark Johnson, que asigna a la metáfora un rol crucial en el conocimiento cotidiano y científico: “nuestro sistema conceptual corriente es metafórico en su naturaleza” (Lakoff y Johnson, 1980: 4). El corolario de esta premisa es que describir las metáforas, esas imágenes verbales, es central para entender el funcionamiento social del sentido, pues “las metáforas estructuran cómo percibimos, cómo pensamos, y qué hacemos” (ibid). Su ejemplo ya clásico es la discusión. El discutir o polemizar se organiza según una metáfora bélica: “*la discusión es guerra*”. Por tal motivo, en torno a esta noción abundan expresiones como “ganar/perder una discusión”, “liquidar/vencer al otro”, “demoler” o “atacar” su posición, etc. Si otra civilización representara el discutir/polemizar en términos de una danza grácil y elegante entre dos o más personas, nosotros, occidentales, “sencillamente no podríamos concebir que estas personas están discutiendo” (Lakoff y Johnson, 1980: 6).

Nuestra concepción del mundo se trama con signos que clasifican lo consabido mediante descripciones y relatos metafóricos. Dichos textos no son el adorno de un núcleo duro discursivo incambiado, sino que estructuran el mundo de la vida. No hay comunidad que escape a esta estrategia cognitiva de tipo metafóri-

co; lo único que varía de un lugar a otro, a lo largo del tiempo, es la imagen hegemónica por medio de la cual se concibe la realidad. Esa es precisamente la función de las tres metáforas que relevé en mi heterogéneo corpus. En lugar de referirse a algo tan asimilado y obvio como la discusión, la metáforas de mis textos tratan sobre un asunto siempre inquietante: el lugar del otro en el sí mismo, ya sea a nivel informal y cotidiano –el estudio cualitativo sobre la cultura juvenil uruguaya o las declaraciones de una actriz y cantante del Río de la Plata– o más formalmente, textos abocados a reflexionar profesionalmente –el político uruguayo, los periodistas argentinos– sobre esa nueva entidad geopolítica llamada Mercosur. Llegar a entenderla es tan necesario como el entender nuestros actos y entendernos a través de esa interpretación en cada momento.

Mediante el aporte del análisis de la interacción de Goffman, la teoría identitaria de Ricoeur, la semiótica de Peirce, y la teoría metafórica cognitivista, espero disipar la sospecha de que el material presentado aquí es apenas una miscelánea de ocurrencias anecdóticas, en el sentido de lapsus o *bloopers* mediáticos y de la vida cotidiana, meros deslices de la lengua o del pensamiento, tal como se los colecciona en programas televisivos bajo la categoría de ‘perlas’ o ‘erratas’ cómicas. Desde la perspectiva teórico-metodológica elegida, los textos aquí discutidos son narrativas que ilustran personajes captados en el momento de tramar su identidad sociocultural, y de enfrentar la conmoción causada por los sucesos macro y geopolíticos. Sin el respaldo de la muestra aleatoria, que sirve de base para una investigación cuantitativa, mi corpus aspira a exhibir, como lo hace un etnógrafo o un antropólogo, una sociología de ánimo cualitativo, a medio camino entre la observación participante –por mi calidad de lector y de telespectador– y el análisis discursivo del material recabado en grupos de opinión. Sostengo, siguiendo al fundador de la semiótica Charles Peirce, que el sentido, en tanto acción sígnica o semiosis, es un ‘*continuum*’ que abarca desde el pronunciamiento ceremonial con efectos legales (ej. las disposiciones del Tratado de Asunción de 1991), hasta el pensamiento más o menos “espontáneo” de jóvenes uruguayos de nivel medio y medio bajo, las declaraciones de una luminaria del show business rioplatense a una revista musical, o las opiniones mediáticas de un “actor político” uruguayo. Así lo expone el semiótico cuando responde por la afirmativa a su pregunta: “¿es el significado un único continuum como el Tiempo y el Espacio, el cual es fragmentado de diversas maneras, para diferentes propósitos, por aquello que contiene?”. En el proceso narrativo conformador de nuestra identidad, cada una de las voces de mi análisis es a la vez personaje y trama o argumento, pues ambos se ilustran y se desarrollan juntos (Ricoeur 1992: 149), y esto sin importar el lugar ocupado por cada una de las voces en la jerarquía social. En todos estos casos estamos frente a una misma sociedad que segrega sentido, y que busca acomodar su acción a la información que le llega y a la que no le llega, pero que sabe bien, no puede ignorar. Saberse dentro del Mercosur supone imaginarse en qué lugar, en calidad de qué, para qué se está allí, en lugar de no estar.

Tres son las metáforas “maestras” o hegemónicas detectadas en mi corpus: la *penetración*, la *clonación* y la *adicción*. Las tres imágenes verbales son sendas maneras comunes, compartidas, de configurar esta trama identitaria regional acotada a dos de los cuatro socios mercosureños. Las tres metáforas organizan el sentido a lo largo de un mismo eje semántico: el del temor que produce la actual reconfiguración narrativa de cada uno de estos dos países y de su gente, al embarcarse en esta historia nueva que es la del Mercosur. Mi hipótesis es que otras metáforas que la investigación pueda descubrir guardarán una relación sistémica de dependencia –por negación, amplificación, contradicción, etc.– con estas imágenes dominantes que aparecen en mi estudio.

Penetración y adicción: habla un actor político sobre viejas y nuevas ansiedades locales

En tanto observador participante de mi cultura uruguaya contemporánea, he escuchado y leído infinidad de veces una expresión metafórica cuyo evidente carácter sexual y violento parece pasar desapercibido para quienes la utilizan de modo casi automático, como protesta visceral frente al predominio de textos audiovisuales de otras partes, en especial del aparato de producción televisual del vecino argentino. Me refiero a la “penetración cultural/televisiva/de lenguaje” sufrida por Uruguay, y acometida por Argentina y en menor medida por Brasil. El resultado sería un creciente sometimiento cultural, especialmente en el área audiovisual, pero cada vez más en la cultura de cada día, en el lenguaje cotidiano, por ejemplo, lo cual nos privaría de nuestras propias formas de expresión y de creación artística, lingüística, etc.

Me desplazo ahora al área académica, y doy un ejemplo de mil posibles. En un artículo sobre la agresiva expansión de las multinacionales post caída del muro de Berlín, se menciona un aviso de Pepsi Cola que sería un caso casi al pie de la letra de esta corriente comercial, en el cual vemos a una niña alcanzarle una rosa a un soldado donde antes imponía su masa gris el gran separador berlinés. La ensayista escribe al respecto: “De esta manera nos encontramos viviendo *una nueva penetración* del American Way of Life a través de sus símbolos” (Baena Paz, 1992: 98, énf. agreg. F.A.). Se trata de un modo defensivo de vivir la identidad: habría un otro externo y enemigo que procura con violencia imponer su voluntad omnímoda, y a la vez convertirme en un sujeto pasivo, sometido a esa fuerza brutalizadora. El resultado de este encuentro funesto, según lo representa la metáfora, sería una sociedad/cultura violada, mancillada en su matriz auténtica, a saber, despojada del poder de expresar su propio deseo, por haber sido humillada y victimizada con el deseo imperioso y no deseado verdaderamente del otro.

El caso de la imagen de adicción es, a mi entender, mucho más reciente, y podría explicarse por la fuerza que posee el tema de la toxicomanía, como nuevo

azote social, en los medios masivos. Por motivos de economía voy a posponer la descripción de esta metáfora hasta su aparición en el material que ahora mismo presento y que ostenta ambas imágenes, ya que en la entrevista periodística figuran en un lugar privilegiado dos de las tres metáforas aquí consignadas.

Vayamos ahora al primer texto de mi corpus, que proviene de una entrevista radial realizada a un senador uruguayo. Su tema son los problemas de integración del Uruguay en el Mercosur². El periodista cuenta a la audiencia de esa mañana sobre la intervención del senador Luis Alberto Heber en la Cámara Alta relativa a cómo “consolidar y profundizar el Mercosur” y cómo lidiar con una serie de problemas e “inconvenientes” de dicho proceso. No sólo el partido político sino también la agrupación a la cual pertenece este senador tuvieron un rol protagónico en la creación del Tratado regional. Quizás eso explique, parcialmente al menos, la riqueza metafórica presente en su discurso ese día. El entrevistador quiere saber el por qué de la pausa reclamada por este político para la integración regional. Su invitado le responde que es necesario “presionar” en las negociaciones, pero él cree que esto no será fácil, pues *‘Uruguay siem - pre ha tenido dificultades para penetrar’*. De un modo no usual aparece aquí la metáfora de la penetración: en lugar de denunciar la violencia del Otro agresor, se manifiesta la impotencia del sí mismo colectivo para agredir, para someter al Otro, en este caso comercialmente. Podemos concebir que el resultado es similar, ya que al no poder ser el agente sólo queda el lugar del paciente, del que sufre la acción en lugar de acometerla victorioso. Enseguida, el senador nacionalista ofrece como una razón para este estado de cosas la potencia del país, o mejor dicho la falta notoria de ésta: “Hay países que tienen capacidad y resto como para sostener esa situación”. Se refiere concretamente a un eventual ofrecimiento de no cobro de arancel externo por parte de algún estado federado brasileño, lo cual rompería de hecho con lo pactado en el ámbito mercosureño. Lo interesante aquí es señalar cómo el lenguaje designa de manera antropomórfica –como si de una persona se tratase– y metafórica una situación crítica regional: ¿qué hace un país tan chico metido con otros tan grandes? ¿Cuál debería ser su actitud? ¿Cómo no perder rostro a nivel nacional, en el sentido teorizado por Goffman (1959), al escribir sobre el cuidado del sí mismo, de la autoestima en el orden microsociológico?

Entiendo que el uso de la metáfora de la penetración, con su variante verbal y de protagonismo negativa, cumple con el cometido de poner en escena esa clase de ansiedad. Por eso, a modo de antídoto ya no metafórico, pero sí alegórico, esta voz del cuerpo político alude a la gestión uruguaya en términos épicos, de máxima heroicidad, como si buscara conjurar la disfórica imagen de la penetración que él mismo ha convocado a su discurso. No sólo *no* sería prescindible Uruguay en el Mercosur, sino que habría que reconocerle un protagonismo absoluto en la propia gestación del tratado:

Periodista (P) - Usted subrayó ayer que si hoy existe el Mercosur es por Uruguay.

Senador (S) - Creo que Uruguay hizo una gran gestión...

P - Usted está diciendo que de no haber tomado Uruguay esa iniciativa habría surgido un acuerdo Argentina-Brasil que podría haber sido fuerte desde el punto de vista de las economías en juego pero que no habría tenido el poder simbólico y hasta geopolítico que tiene por la incorporación de los dos países que, *aunque pequeños* –Paraguay y Uruguay–, cambiaron esa realidad.

S - Yo creo que la regionalización la conforman Uruguay y Paraguay; de lo contrario eran entendimientos entre dos países, como hay muchos en toda la economía mundial. Si hoy hay un mercado común es gracias a que hay cuatro países, *por más que dos de ellos sean muy chicos*. El prestigio que Uruguay tiene en sus posiciones en el exterior ha llevado a tener también una garantía institucional. *Digámoslo con orgullo: Uruguay ha tenido una tradición democrática reconocida mundialmente. Por más que muchos países del mundo no sepan dónde queda América del Sur, los que sí lo conocen aprecian y valoran la continuidad institucional que este país democráticamente ha tenido*. Al estar inmerso entre países que han tenido lamentablemente situaciones irregulares en la marcha institucional, Uruguay quizás aparece como la garantía institucional de homogeneidad en los procesos de integración en la región.

Si no se puede penetrar, una alternativa atractiva y elegante es negociar, y además valerse para ello de la “reconocida tradición” de estabilidad política y equidad social que habría dado pie a que en el pasado se hablase de este pequeño socio regional como de “la Suiza de América”. Me permito agregar una metáfora de cosecha propia vinculada en sentido a aquella descripción de la época dorada del Uruguay: el pequeño país modelo batllista puede concebirse como una gran *fondue social*, y en calidad de tal serviría, según este político, como espejo y modelo para armar algo que brilla por su ausencia en el continente sudamericano: la homogeneidad cívica. Tal sería el cometido heroico de la medianía o mesocracia teorizada por Real de Azúa (1964, 1984), en relación al Uruguay moderno. El político Heber ubica a los dos chicos del Mercosur en un lugar grande –serían ellos los que le confieren estatuto de región a lo que no sería más que un mero acuerdo bilateral. Luego, en una progresión emocional, al más chico de los cuatro, este senador uruguayo le atribuye al Uruguay nada menos que el lugar del gestor, del que convierte una idea en una tangible realidad política.

Obsérvese cómo ambos, el que pregunta y el que responde, incluyen de modo casi incidental y subordinado en sus planteos la difícil posición de los socios que ocupan menos posición: “aunque... pequeños”, “por más que... chicos”. Eso que parece quedar relegado al trasfondo, al lugar discursivo de lo obvio –quién

puede dudar sobre la diferente magnitud entre estos cuatro países— es determinante en el intercambio. Un lapsus revela con fuerza la inquietud de este discurso: el político habla con orgullo de esa gloria cívica local. “Por más que *muchos países del mundo no sepan dónde queda América del Sur*”, seguramente lo que en muchos sitios se ignora *no* es dónde queda este continente, sino dónde queda el Uruguay. En otro sitio analicé el encanto que ejerce en la imaginación social uruguaya la fábula de David y Goliath, y cómo en muy diversos textos sociales reaparece este combate narrativo tan desigual, que es ganado puntualmente por el menor de los enfrentados, a causa de y no a pesar de su dimensión y fortaleza tan ínfimas (Andacht, 1994: 129-132).

Hemos pasado así de la metáfora de la penetración, de la pasividad extrema y humillante, a un escenario de iniciativa brillante y heroica: David vence otra vez al Goliath de la adversidad geopolítica. Seremos chicos, los más pequeños de la región, y casi de América, pero podemos más, como el catalizador que, en muy pequeña dosis, hace que algo tan complejo ocurra —al menos a nivel simbólico— en lugar de no ser; es decir, que pase de ser un mero acuerdo entre dos naciones a ser una versión austral y americana de la Unión Europea.

Luego de administrado este *antídoto discursivo*, sobreviene la segunda metáfora que rige y estructura esta entrevista. Curiosamente, tras haber protestado porque no se habría llevado a la práctica lo establecido en el papel, es decir, después de señalar que Uruguay no se habría beneficiado como debería según lo pactado en Asunción, el senador uruguayo parece oponerse al crecimiento comercial *sólo o predominantemente* en este ámbito regional del Mercosur: “Hemos crecido más hacia adentro del Mercosur, y no hemos crecido tanto hacia el resto del mundo. Quiero decir que la atención de nuestros empresarios ha sido la colocación intra-Mercosur, *nos hemos transformado en un país “Mercosur-dependiente”*”.

Difícil dilucidar qué es peor: ser penetrado por un país vecino-rival, o volverse adicto a ese otro... No deja de ser paradójal que quien comparece como representante de los intereses nacionales y dice preocuparse por optimizar el flujo de bienes propios hacia el otro, elija para describir y narrativizar la actual situación de dicho intercambio, la metáfora de la adicción: convertirse en *x-dependiente* presupone que ese “x” es un elemento dañino, tanto como una toxicomanía (ej. ser heroína-dependiente). El empresariado local, en su esfuerzo por colocar sus productos en la región (algo que parecería de sentido común), habría perdido nada menos que su libertad a causa de una compulsiva y dañina relación de dependencia que vuelve al socio el amo de hecho. Volveremos a encontrar lo así tematizado por este político, lo tácito y recurrente en el discurso juvenil, cuando ellos se refieran a la centralidad y el dominio absoluto de los jóvenes argentinos en los modos de vestir, hablar y divertirse “propios”.

La concepción de Uruguay como socio “muy chico” o “pequeño” del Mercosur oscila entre las inquietantes imágenes de penetración y adicción y la muy

favorable visión enzimática: lo que en muy pequeña dosis hace que un proceso se desate. Detrás de las metáforas negativas, hay un episodio que describí en otro lugar como el “Día D” en las negociaciones regionales respecto a Uruguay, en alusión al entonces superministro de economía, Domingo Cavallo, quien en 1994, ante las discrepancias manifestadas por el equipo negociador uruguayo, plantea la simple alternativa de que o acepten o se sigue adelante *sin Uruguay*³. La metáfora no expresada pero efectiva en aquel episodio fue la de la extinción total del país, el hacer cierta su metafórica identidad negativa que ha constituido por más de un siglo su peculiar manera de afirmarse en el universo identitario geopolítico, tanto hacia adentro como hacia fuera⁴.

Somos como somos... como ellos: ansiedades clónicas

El material que presento a continuación se extrajo de una investigación cualitativa realizada en base a dieciocho grupos de jóvenes montevideanos segmentados por edad (15-28 años), sexo, y nivel socioeconómico (medio –NM–, medio bajo –NMB– y medio alto –NMA), cuya meta era conocer la cultura juvenil, con especial hincapié en la visión de sí mismos y en sus preferencias relativas al tiempo de ocio. Una de las dificultades que surgía en los grupos era el mejor modo de acceder a su autopercepción, es decir, de saber cómo eran estos jóvenes según ellos mismos. Y la manera en que se superó este escollo en el estudio coincide con la descripción del origen del sí mismo que propone la semiótica: “un niño escucha que la estufa está caliente [pero él cree que no es así] y la toca, y encuentra la confirmación de un modo impactante. Así se vuelve consciente de esa ignorancia, y es necesario suponer un sí mismo [*self*] donde esta ignorancia pueda residir”. Toda identidad es, por definición, *reactiva*, pues nace de la confrontación dialéctica y constitutiva con lo que ella *no es*. De modo semejante, cuando se introduce en la discusión grupal “la cuestión del otro”, de los argentinos y de los brasileños mediante la metapercepción, es decir, cómo perciben ellos que son percibidos por el otro, surge de lleno y casi imparable la cuestión de su propia identidad juvenil, noción intrínsecamente reactiva que incluye en su propia fundación al otro. En ese marco discursivo aparece la metáfora de la clonación, junto a ciertas variantes de ésta. Veamos algunos testimonios, divididos en cuatro bloques según el tipo de segmentación grupal⁵.

1.

- *La juventud argentina es más, le gusta más la joda. Uno ve la programación argentina y se da cuenta.*

- *Nosotros siempre criticamos la sociedad argentina, a mi me gusta más ser como soy yo. Yo lo respeto como su estilo de vida, pero genera un rechazo, pa' este tipo es un tarado [pienso], [ellos] llaman más la atención, un problema de imagen ... apariencia, nosotros somos tranquilos.*

- [nosotros somos] Tranquilos. *Los argentinos se hacen notar más que nosotros* en todo sentido, en la cancha de fútbol, en un boliche. *A mí mucho no me gusta eso, ellos como que tienden a hacer sentir a uno menos*. Igual que cuando vienen a los balnearios nuestros.

- *Pero les gustan las cosas de acá*, la gente, el candombe, Rada, eso del porteño baboso ya no es más.

- “Yo vengo de Buenos Aires por las llamadas [me dijo uno], *yo me quedé impresionado que les gustara*”.

2.

- Se empieza [a tomar mate] de chico en la casa. En los liceos se ve a la gurisada con matera.

- Es un símbolo, ves en *VideoMatch* un uruguayo y lo único que sabe es que toma mate.

- Es más que el mate.

- La gente está identificada con eso.

- Es estar orgulloso de ser uruguayo. Fuera del Uruguay no hay nada como el Uruguay. El asado.

- La gente se emociona.

- ¡Si a vos te atrapa Tinelli es cosa tuya!

- Son buenos los tipos, acá se puede hacer un programa de ese estilo, y sin embargo no se hace.

- Puede ser más sutil un programa sin tanta *pomposidad*.

- Nosotros recibimos mil porquerías del exterior y el joven uruguayo sabe lo que elegir.

- *Los jóvenes uruguayos somos los mejores filtros que hay*. Nosotros no festejamos o aplaudimos antes. Si cantás bien te aplaudo.

3.

- Criticamos a los argentinos y vivimos copiándolos.

- Porque tenemos acceso a Argentina.

- *¡Los programas que salen acá son copias!*

- Ahora *Decalegrón* [tradicional programa humorístico televisivo] perdió lo que era tradicional, el humor sano, y ponen mujeres con minifalda, copian a los argentinos, dicen malas palabras.

- Malas palabras si está bien encarado, si viene al caso, por deporte como los argentinos no, si viene al caso como un programa especial que hubo.
- Acá hay mal más cultura.
- Yo tengo un amigo de UTU [Universidad del Trabajo del Uruguay] que es uruguayo, pero vivió en Argentina, dice que las muchachas utilizan mucho la estética, no son naturales, se maquillan más.
- Todo el mundo trata de ser auténtico [acá].
- No dejarse llevar por la corriente.
- Es lo que caracteriza al uruguayo.

4.

- La vestimenta: los vaqueros, es lo más cómodo.
- Es uniformado. Siempre estamos vestidas de la misma manera. Todas iguales.
- Todo el mundo sigue la corriente.
- Hay un estilo. A bailar van con pantalón de vestir, como es moda todas van de pantalón de vestir.
- Te hace creer que sos más libre de lo que sos.
- La mujer argentina es más pituca. Una argentina no la ves de equipo deportivo.
- Más libre y más práctica.
- Se visten, caminan, se mueven, se peinan, se pintan.
- Las ves de punta en blanco temprano en la mañana.
- Más careta.
- Acá hay más sentido del ridículo. Allá están menos uniformados. El Uruguay es más conservador.

En 1. aparece la problemática de modo explícito: la identidad juvenil de estos uruguayos tiene como referente inexorable a esos otros “*que son más*”. ¿Y cómo lo saben? Sencillo: “*uno ve la programación*”, explica el que introdujo tan contundente afirmación. Para llegar a vernos a nosotros mismos resulta imprescindible el mirarse en ese espejo líquido, y ahora también audiovisual que es la tan mentada “otra orilla”, unión y separación de lo rioplatense. En esa gran vitrina-pantalla nacen la admiración y el rechazo; junto con el viaje, la mirada televisiva brinda el mejor acceso al otro, como dirá un sujeto más joven⁶. Así constatamos cómo la metáfora de la clonación rige el discurso identitario juvenil, y cómo

ella opera así en prácticamente todos los grupos. La mirada joven oscila entre la fascinación de lo que no se puede dejar de mirar, y el repudio de lo que se abandona con violencia, para no sucumbir, como Odiseo, a una atracción fatal: el riesgo de volverse ellos, de dejar de ser nosotros, y pasar a ser sólo una pura reiteración, una triste duplicación sin un ser propio. La crítica que según este grupo es ejercida sin desmayo por ellos, funciona como la barrera autoimpuesta por el nosotros, para impedir, con éxito incierto, el deslizamiento irresistible hacia el otro. La alternativa grupalmente anhelada es la esquiva reciprocidad, la admiración, el reconocimiento pleno del otro: “*les gustan las cosas de acá*”; “*yo me quedé impresionado que les gustara [las llamadas en carnaval]*”. El surgimiento de esta visión alejada de la ansiedad clónica es raro, tan infrecuente como común es el temor a desaparecer como uno, y a reaparecer del otro lado del espejo acuático convertido en el otro, ya sin ninguna seña identificatoria propia.

En 2. encontramos la contracara de la metáfora de la clonación: “los jóvenes uruguayos somos los mejores filtros que hay”. Del *joven-clon* al *joven-filtro* media sólo un paso: o entrega incondicional al mimetismo, o resistencia máxima. En virtud de esa supuesta facultad selectiva, se podría a la vez “recibi[r] mil porquerías del exterior” y permanecer inmunes, siempre idénticos a sí mismos. En ambas metáforas es palpable la ansiedad, el temor difuso a sucumbir bajo el influjo de ese otro tan visible, tanto más notable y notorio que el muy discreto nosotros de pertenencia. La no-metáfora es el sueño del reconocimiento, como vimos arriba, esa escena deseada en la que se recibe la justa admiración *por la diferencia*. Algo semejante expresa Miguel de Unamuno en un ensayo de 1894 sobre lo americanista contrapuesto a la tradición hispánica, en el poema *Martín Fierro*. No cabe leer la obra de Hernández como un manifiesto independentista, que suprimiría de una vez para siempre la ansiedad de la influencia (cultural) de la tierra y de la lengua madre, escribe Unamuno, pues las virtudes de esa obra argentina radicarían, precisamente, en la síntesis original que en ella se produce, “en una como *integración de lo diferenciado*” (Unamuno, 1986: 6). El andarivel metafórico que conduce desde el temido clon al orgulloso “filtro” es un eco de la reivindicación que hace el político uruguayo antes analizado en relación a la gesta demócrata y homogeneizante del Uruguay a lo largo de su historia moderna, un factor evaluado como decisivo para que pudiera nacer el Mercosur.

En 3. se reitera el flujo metafórico entre *lo clónico* y *su otro*, *el filtro*, pero de modo aún más explícito: “*criticamos a los argentinos y vivimos copiándolos*”; “*los programas que salen acá son copias*”. Se propone además una causa probable de esta clonación identitaria: esto ocurriría así “porque tenemos acceso a Argentina”. A través de un par de ejemplos, la apariencia de las mujeres jóvenes “de allá” –quienes así opinan son hombres jóvenes– y el cambio sufrido por un programa humorístico de la televisión local, *Decalegrón*, que habría clonado el humor argentino, y dejado así de ser “sano”. Excesivos afeites en la vida cotidiana y lenguaje procaz en el entretenimiento masivo son los dos indicios visibles de esta no-

civa clonación. Este último aspecto también es discutido por las jóvenes uruguayas, cuyo discurso aparece en 4. Algo en apariencia tan banal como la charla sobre las apariencias en el vestir desemboca en una amarga reflexión sobre el “uniformamiento” uruguayo, algo que les impediría ser “libres” como el otro; en este caso el modelo lo constituyen esas jóvenes argentinas. La opción parece odiosa: o clonar su libertad, y adoptar sin más el cuidado (excesivo) del sí mismo del otro –y así ser “más libre, más práctica”– o resignarse a desfilar por la vida como grises prisioneras de la mirada ajena (“el ridículo”), o de la extendida autocensura en el manejo de su presentación cotidiana del sí mismo. Cuando la alternativa identitaria se representa como libertaria, parece improbable el deseo de adoptar su opuesto. Es comprensible que el optar por la vía (metafórica) clónica se perciba como un destino más atractivo que la obstinada permanencia en una “autenticidad” cautiva y disfórica (= ser como todas las que temen ser ellas mismas).

Las metáforas del clon y del filtro son determinantes de la auto y de la metapercepción en estos jóvenes uruguayos: ellos perciben que son *menos que sus otros*, la juventud argentina o “porteña”, a la que acceden mediante una contemplación tan obsesiva como cautelosa, para poder verse a su imagen y semejanza, o disimilitud. La única alternativa que nunca aparece como tal es el abandono radical de este carril narrativo identitario. Al igual que el senador uruguayo no menciona la posibilidad de saltar del tablero, es decir, la opción política de no jugar más dentro del Mercosur, *el sustraerse a los ojos del otro no parece factible para estos jóvenes uruguayos*. La ansiedad parece ser una y la misma para esta sección de una juventud anónima uruguaya y para el conocido político: Mercoser o no ser.

Mejor solos que penetrados y mal clonados: ansiedades argentinas

“¡País de mierda, más chico que una baldosa! ¡No tenés donde esconderte! Yo le dije a Malito, hay que quedarse en Buenos Aires” (Uno de los pistoleros argentinos que muere en el tiroteo de su escondite en el edificio Liberaj, en Montevideo, en Piglia, 1997: 169).

Ya es tiempo de introducir la voz del otro en mi reflexión. Lo haré mediante el discurso de dos opinadores profesionales argentinos. Publicistas como el político uruguayo, y parte de lo cotidiano como el habla juvenil de mi estudio, los textos periodísticos del diario Página 12 que elegí podrían multiplicarse fácilmente. Sin valor muestral, creo que ambos son representativos de una tendencia “diádica” que he encontrado en la prensa de los dos grandes del Mercosur, Brasil y Argentina: así como cuando en Uruguay se habla de lo “argentino” se tiende a mencionar sólo lo atinente a Buenos Aires, la referencia a este Tratado cuadrangular se acota constantemente a lo bilateral, a los dos socios mayores, y nada más. No imagino conspiración malévolamente anti-paraguaya/uruguaya alguna detrás de esta llamativa omisión, sino pura verosimilitud en el sentido aristotélico del término: lo que nos persuade más fácilmente en este asunto es lo

que fluye entre esos dos países, y nada más que entre ellos dos. El resto es menos plausible; existe, sin duda, pero impacta mucho menos en la imaginación del universo lector y en la opinión pública en Brasil y Argentina, y por ende es casi como si no fuera. El origen de mis dos ejemplos en un diario “progresista” de izquierda como Página 12 le da a mi corpus periodístico el atractivo adicional de suponer en él una dosis de empatía básica hacia el más chico, en lugar del prejuicio opuesto.

Caso I: el amor a lo pequeño y el temor a la penetración y a la clonación

“Cuando *un país chico* se integra con uno de dimensiones decididamente mayores, éste terminará imponiendo sus normas”⁷. Si le informo al lector que el contexto de esta frase es el Mercosur, ¿adivina a quién se refiere el cronista cuando habla de “un país chico” en tal riesgo de sometimiento? ¿A uno de los dos proverbiales socios “menores” del tratado? No. El prestigioso columnista James Neilson de Página 12 no se compadece ni del pequeño Uruguay, ni del más recóndito Paraguay: escribe preocupado sobre la suerte de Argentina. Si los opinadores de este socio con más de treinta millones de almas tienen temor, cabe preguntarse qué les queda a los pequeñuelos del tratado. Causa no poca extrañeza encontrarnos con esta peculiar manera de re-encuadrar a uno de los dos grandes del Mercosur, y de la región, al país que lleva una historia titánica sobre sus espaldas, y que, sin embargo, es representado en su propia prensa como “un país chico”. La ansiedad cunde en la región... Esta reflexión inicial del artículo termina en clave decididamente poco halagüeña para el término mayor de la asimétrica comparación propuesta: Brasil es descrito como “el país más inequitativo del planeta”.

Acto seguido, el periodista presenta bajo la peor luz posible el resultado del tratado de Asunción: “*Para cierta elite* argentina, el atractivo del Mercosur, *este remedo improvisado de la Unión Europea*, tiene menos que ver con las presuntas ventajas económicas de incorporarse al Brasil que con su obsesión, que en el fondo es escapista, por el tamaño”. Referirse a una obsesión elitista (y escapista) por el Mercosur, y hacerlo desde un diario de izquierda, para luego tildarlo de ser un clon mal hecho, no es poco agravio. Llega el momento de introducir la tesis propia, la que el autor contrapone como el arranque de sensatez que detendría esta pésima y letal clonación, su antítesis racional.

Neilson describe con ironía reiterada la supuesta inconveniencia –que obviamente para él no es tal– de ser pequeño, y ofrece a modo de contraejemplos países como “Suiza, Noruega, Islandia, Israel, Taiwán, Singapur”, todos ellos chicos y muy prósperos. Pero quizás por tenerlo tan cerca no menciona el caso más evidente del Uruguay, el así llamado “paisito”, miembro fundador del Mercosur. Sin duda se puede argumentar que esos otros chicos son mucho más prósperos, que tienen mayor renta per capita que la ex-Suiza de América. Sin embargo, en la escala de bienestar

mundial elaborada por Naciones Unidas, en América a Uruguay no le va tan mal⁸. Quizás porque, como escribe este autor, es grave la obsesión con el tamaño en su país, ella no sólo ciega a las elites, sino que afecta al propio opinador. Una razón posible de que esto ocurra es que en el primer texto de mi corpus escrito y argentino, que presento como evidencia del total silenciamiento sobre la presencia e incidencia de “los chicos” en la partida del Mercosur, *Argentina juega de Uruguay*.

La nota concluye con una reflexión geopolítica que busca aportar cierta sabiduría a la crisis presente. Para ello Neilson retoma su analogía irónica con naciones que serían lo que él ha imaginado como lo más diferente y opuesto posible al temido Brasil:

“En lugar de sumarse al coloso más próximo, [estas naciones chicas y muy prósperas] siguen aferrándose a la ilusión de que si un pueblo de dimensiones demográficas modestas se concentra en intentar solucionar sus propios problemas económicos le irá mejor que si transfiere sus responsabilidades a una suerte de superestado con pretensiones tan altas que sus dirigentes no se dignen prestar atención a cosas minúsculas como la miseria de algunos millones cuya función se limita, en última instancia, a hacer número”.

He ahí la metáfora inquietante, el destino clónico tan temido: el “sumarse al coloso más próximo”, en vez de permanecer siendo lo que en verdad es, es decir, conservar su identidad de “país chico”. Según lo describe el periodista, Argentina sería penetrada por la gigantesca problemática del “país más inequitativo del planeta”, a través de esa dirigencia siniestra, la cual acabaría de una vez para siempre con el auténtico destino argentino. Tan poderosa es la metáfora clónica en el discurso del cronista, que la suya parece ser la voz de un auténtico mesócrata, ese tipo ideal weberiano de ciudadano descrito por Real de Azúa, como fruto de la evolución societaria uruguaya, a lo largo de la primera mitad del siglo XX (Real de Azúa, 1964). La visión disfórica de terminar siendo poseído y arruinado por el Brasil consigue desdibujar el rasgo identitario de la Argentina como uno de los (dos) grandes en el Mercosur, y la mimetiza con uno de los (dos) chicos, Uruguay o Paraguay.

Caso II: peor que la clonación, la seudoclonación; o cómo terminar con cien años de maléfico nominalismo latinoamericano

El otro caso de mi corpus escrito argentino⁹ empieza con una imagen cínica y algo apocalíptica que el autor Julio Nudler atribuye a un tal Felipe de la Balze, a quien presenta en su nota como “especialista en economía mundial”: *el Mercosur sería Macondo*. Nudler recurre a una vieja imagen literario-filosófica, pero le da un uso francamente peyorativo, para retomar la analogía negativa del economista: “Ahora se abrió el telón, y descubrimos que el rey estaba desnudo”. La frase describe el antes y después de la crisis brasileña de fines de 1998, la devaluación del real. Lo relevante para mi enfoque es la oscilación entre el proyecto geopolítico de ser uno (fortalecido) con el otro, y la deprimente revelación de que ese

designio es tan sólo una engañosa apariencia, una endeble escenografía de cartón pintado semejante a la montada por Mussolini en Roma, para recibir e impactar al Führer. Lo único peor que ser clon, parece ser la premisa, es creer serlo, y darse cuenta luego de que todo ha sido una triste ilusión.

El artículo de Nudler también es un canto de amor a lo pequeño, pero lo expresa de modo complementario y simétrico al de Neilson: a los países muy grandes del mundo no les va tan bien; son sólo unos pocos entre ellos los exitosos. “Obviamente no basta con ser chico para ser exitoso, pero siendo grande es más difícil prosperar”. Cabe destacar que una de las dos únicas menciones de Uruguay y de Paraguay en la nota es soslayada, semioculta, y ocurre cuando él menciona como al pasar “el bloque de *cuatro países*”. Un par de párrafos después, el cronista afirma explícitamente que en el conflicto entre “regionalismo abierto y cerrado [de tipo] defensivo, la *gran decisión [es la] que tienen que tomar la Argentina y Brasil* en los próximos meses”, y se refiere a cómo ellos dos pretenden insertarse en el mundo. Por fin aparece el villano de esta historia que, según Nudler, es el interés empresarial paulista, y su mal disimulado afán de proteccionismo. De los otros socios ni una noticia; ellos son menos que migas en esa cama que, según una ingeniosa imagen del sociólogo uruguayo Germán Rama, comparte el ratoncito Uruguay con sus dos vecinos elefantes, que para colmo de males cada tanto se emborrachan. Al menos las migas incomodan, recuerdan la necesidad de hacer algo al respecto. No ocurre eso con los socios “menores”, “pequeños”, los menos relevantes en este acuerdo. ¡Segundos afuera!

Lo que falta aquí es un signo, siguiendo la reflexión central de Nudler, que sea más que una mera mancha en una página o un puro ruido en el aire, para designar algo duro y existente como las fronteras de los miembros del Mercosur. En este caso concreto, se requiere algo que signifique más que la dualidad antagónica de esta suerte de “clásico futbolístico” perenne entre los dos grandes de la región, estos cíclicos socios y rivales, rivales y socios. Carecemos, afirmo, de ese signo real para referirnos al Mercosur, uno que resista un análisis pragmático como el que propone Peirce, es decir, que, para decidir sobre el significado del signo, se basa sólo en “los efectos sensibles concebidos de algo”. La ausencia de dicho signo Mercosur hace que no dispongamos de su verdadera denotación –acuerdo aduanero, y quizás algo más, *entre cuatro*– y que debamos resignarnos a manejar sólo una de sus connotaciones: la relativa a aquellos (dos) miembros con mayor territorio, población y número de intereses sectoriales compartidos (ej. el automotor). Esto último es tan obvio como insuficiente para dar cuenta de la complejidad de este nuevo orden geopolítico americano. Sin ese signo, que es parte integrante de lo real, estamos en el reinado ficticio de Macondo.

Toda la nota de Nudler gira en torno al miedo bien descrito por Helios Jaguaribe sobre las ansias imperialistas del gran vecino norteamericano¹⁰: “Brasil se ve como un líder regional y no quiere que nadie haga peligrar esa posición”. El país de

quien esto escribe es presentado como respetuoso de las leyes y de “los acuerdos que firma”. Uno de los rasgos claves de la definición de identidad sería la constancia a la palabra dada (Ricoeur 1992: 145-150). El otro, el feroz y sempiterno rival, en cambio, es presentado como el que se apoya en la pura fuerza bruta: según Nudler, Brasil valoraría por sobre todas las cosas “su libertad de acción”. El cronista pasa a explicar por qué sería tan acertada la metáfora macondiana para describir el estado actual del Mercosur; sin querer, él alude al título más famoso del narrador de las célebres crónicas sobre ese pueblo irreal y colombiano: “El peor escenario es aquel en que se acuerdan cosas, pero luego no se cumplen. Ese mundo donde hay una brecha entre lo proclamado y lo real es el típico mundo del fracaso latinoamericano de los últimos cien años”. Un siglo de nominalismo político rampante; podríamos decir, para retomar una vieja disputa filosófica medieval, que la semiótica hace suya, para formular el pragmatismo, como un realismo objetivo, en todos los órdenes de la vida.

Veamos ahora otra aparición sigilosa, casi invisible, de “los otros”, de esos socios que hicieron su entrada al escenario mercosureño sólo para figurar allí, como solemne y muda mampostería. Ahora regresan a escena con un cometido previsiblemente similar. Interesa destacar que dicho reingreso ocurre luego de que el ensayista ha afirmado que uno de los peligros en ciernes sobre este Mercosur nominalista, es decir irreal, es “el hecho de que *las economías menores* son las que pagan el mayor costo, porque lo más probable es que las inversiones se asienten en el mercado más grande”. El planteo que le sirve a Nudler para introducir esta otra mención crítica a los socios chicos es la necesidad de “que exista una institución supranacional para negociar con otros países o bloques” porque “desde hace un año, Brasil, y a veces también la Argentina y *los demás socios*, están negociando independientemente”. Precisamente, poco tiempo después de publicada esta nota, se reunieron en Buenos Aires representantes de Argentina y Brasil a discutir, presuntamente, sobre sus intereses sectoriales. Esto ocurrió para obvio desagrado y frustración de “los demás socios”, para emplear el giro de distante elegancia usado por Nudler para mentarlos y mantenerlos ahí, lejos.

Continuamente la referencia en este texto es al país propio y al socio brasileño, a las reiteradas crisis de éste, a la repercusión desastrosa de sus problemas en aquél; no parece haber un signo no nominalista que le permita al opinador referirse genuinamente al Mercosur pactado y posible. Así llegamos al clímax de este duelo de titanes, con segundos afuera. Como broche retórico, la columna plantea un ejemplo de ferocidad fraterna. Si toda comparación es odiosa, según el sentido común, cuando se compara y se lo hace con el rival, el resultado es siempre interesante. Creo detectar un sugerente lapsus en la frase con la que este experimentado cronista de Página 12 elige cerrar su intensa reflexión sobre el ser (y sentido) insuficiente del Mercosur, y sus consecuencias malignas para la economía argentina. He aquí el párrafo con el cual cierra la columna:

Aquí existe la idea de que en Brasil todo es más moderno y eficiente. Pero hay que diferenciar tamaño de productividad. En los hechos, el PBI argentino per cápita duplica al brasileño (...) Pero la verdad relevante es que tanto la Argentina como Brasil tienen estructuras económicas relativamente frágiles y no muy modernizadas. *Brasil no es un titán industrial y la Argentina un enano*. Esto no es así. Y en servicios la comparación favorece mucho más a los argentinos (énfasis agregado, F.A.).

De la argumentación comparativa en la que incursiona Nudler me interesa extraer la oración que destaqué: hay algo en su sintaxis que definitivamente anda mal, tanto o más que las fallas detectadas por el cronista argentino en el tratado aduanero-comercial del Mercosur. Estimo que lo normal o común hubiese sido escribir “*Ni Brasil es un titán industrial, ni Argentina un enano*”, o tal vez “*Brasil no es un titán industrial, y tampoco la Argentina es un enano*”.

Tal como fue efectivamente publicada, y presumo escrita, la frase de marras parece vacilar entre decir lo que supongo quiso decir su autor, y algo completamente diferente e inquietante: a saber, que Argentina, el país de quien escribe, padece de enanismo, de excesiva pequeñez, más allá del tamaño real de ese otro tan terrible y antagónico.

Quizás es tan grande la conmoción causada por las metáforas de la penetración y de la clonación (fallida) que rigen este artículo, que ellas logran violentar con su fuerza discursiva las reglas básicas del español moderno, ésas que mi reescritura pretendió restablecer, con un giro más común o normal de la escritura.

La crítica al nominalismo filosófico-político emprendida por este opinador profesional argentino es relevante y acertada. Mal podría no serlo un ataque a la mal ubicada confianza en la palabra vaciada de toda legalidad, y por ende de todo poder en el mundo. Para la visión nominalista, los símbolos –como los que figuran en el Tratado de Asunción de 1991– no son más que meras designaciones singulares y puntuales, apenas válidas para una ocasión específica, en lugar de encarnar tendencias generales, dotadas de consecuencias palpables y empíricas según lo quiere el realismo medieval, que Peirce retoma en su ciencia semiótica con el rótulo de “pragmática”. La falacia del texto aquí analizado es el no haber llevado esta crítica a su última y natural consecuencia: si este pacto llamado Mercosur no es más que papel manchado y aire caliente, esto *no* se debe sólo o principalmente a que existan perturbaciones que involucran a los dos socios mayores. De modo básico, el *macondismo* endémico que afecta al Mercosur puede detectarse en el propio texto denunciante, ya que ni en él, ni en muchísimos otros textos similares que he relevado en los últimos años post-Asunción ‘91, aparecen los otros dos miembros, al menos no en un lugar de mínima importancia. De modo sistemático, *no se los incluye en la denotación del signo Mercosur*. La maniobra, imagino, no es conspirativa sino enteramente natural. Ello supone que *para los hechos*, para la gestión de la muy real y dinámica diplomacia y negociación que

insuflan vida al tratado, los dos chicos casi no existen, o sólo existen como firmantes-figurantes, en la incómoda categoría de parientes lejanos y pobres. Lo que planteo no es una vana pretensión de tener el mismo poder o idénticos intereses a los dos grandes, sino tan sólo el mismo tipo de justicia abstracta que busca equiparar lo que es radicalmente distinto, como lo son *a priori* los ciudadanos en tanto personas singulares que viven en un estado de derecho.

Eso es lo que brilla por su ausencia en estas dos reflexiones extraídas de la prensa argentina actual, apenas un par de botones de muestra que el lector podrá multiplicar sin mayor esfuerzo.

Cómo revertir el sentido de la penetración y volverse famosa en el intento: confesiones de una estrella rioplatense-uruguaya

Luego de escrutar con atención la palabra política, la de jóvenes sin nombre y con identidad reactiva y rioplatense, y la de la opinión paga, pública y escrita de dos nombres prestigiosos, voy a introducir ahora a una nueva invitada a esta ronda de voces mercosureñas. Todas estas presencias, a sabiendas o no, se dedican a reflexionar sobre una nueva identidad narrativa, la de una región con nombre claro y denotación confusa.

Quiero concluir mi ensayo convocando a quienes tienen por oficio el ser signos corporales exhibidos ante muchos, ante una enorme (tele)audiencia que los mira, admira, escucha o detesta, pero que nunca los ignora. Lo que ellos dicen o callan, cuando se mueven, charlan o cantan, en la pequeña pantalla del deseo interminable, es tan importante actualmente que, sin sus voces, algo central faltaría en este ensayo sobre la nueva identidad narrativa mercosureña.

En una entrevista extensa y central del primer número de la revista de cultura joven *Rolling Stone* edición argentina del año 2000, la figura ascendente de la actriz televisiva y cantante popular uruguaya Natalia Oreiro, cuya provocativa imagen ocupa toda la tapa de ese número, se atreve a abordar y a bordear el resbaloso terreno de la exclusión, del minorazgo nacional o quizás “provincial”, como dirá luego. En medio de un cúmulo de irremediables frases hechas que harían palidecer al más vetusto clisé del amplio repertorio del espectáculo, la protagonista del muy exitoso teleteatro argentino *Muñeca Brava* se las ingenia, o no puede menos que hablar, sobre lo que mucho no se habla en esta clase de ocasiones, en las que una celebridad se vuelve, por un rato, accesible, próxima, antes de desaparecer nuevamente en el aura de su invisibilidad general. Su breve pero jugosa incursión en ese terreno distante del lugar común nos permite observar el funcionamiento de la ley semiótica que estipula que jamás se puede “retirar lo dicho”. El efecto de esta norma no escrita y eficaz se abate implacable sobre esta estrella rioplatense y sus dichos, por lo cual ella termina por amplificar lo opinado y agregarle un inte-

resante epílogo. Sin saberlo o quererlo, ella va a realizar, como al descuido, un rápido pero no irrelevante análisis del otro desde su sí mismo de oriunda del Uruguay y triunfadora en Argentina. De ese modo, su palabra agrega un filo interesante, en tanto personaje célebre y en tanto ejemplar del nosotros instalado en el terreno del otro, a las palabras de los jóvenes uruguayos citadas arriba, que nos hablan desde el “acá mismo”. Vamos entonces a esta entrevista.

Como conviene a toda figura famosa, la evocación del pasado que aún no era luminoso es una estación fija y apetitosa de este módico strip tease que implica una entrevista en una revista para consumo juvenil y masivo como ésta. Por eso vale la pena citar el momento en el cual la uruguaya Natalia Oreiro recuerda su etapa bastante menos gloriosa, cuando era resistida la que hoy parece su irresistible carrera hacia la fama:

Nadie tiene el derecho de tratar como el orto a alguien que empieza, me parece. Me decían: “Si acá todos los uruguayos vienen a trabajar de mozos, ¿de qué pensás vivir? Porque más de un bolito no vas a poder hacer”. *Me trataban de uruguayita bruta.*

Es evidente que en su discurso, el atributo que he destacado –“bruta”– es una explicitación o desarrollo del sustantivo, que aparece en diminutivo, y que también subrayé: el ser de Uruguay era, según la visión de Oreiro, tratado por los otros como un sinónimo del ser “bruta”, es decir, alguien que carece de los mínimos refinamientos, en absoluto capacitada para emprender un sendero de tanta sofisticación como lo es el de las luminarias. Luego, para cerrar esta pequeña fábula cenicienta, la actriz-cantante relata satisfecha, desde el lugar actual de la celebridad, su encuentro –real o fabulado– con algunos de aquellos que la humillaron por su origen chico, menor, del todo insuficiente para acceder al pináculo del mundo del espectáculo. Aún si admitimos el grado alto de estereotipia sociocultural inconsciente que todo el incidente posee, dados los labios famosos y muy escuchados de los que el relato proviene, creo que hay aquí una importante puesta en escena identitaria de la metáfora de la penetración, pero en sentido revertido:

Pero lo bueno es que a mitad de año rajaron a la mitad de la gente y a mí me hicieron un contrato para un personaje que hablaba muchísimo. Hoy a veces me encuentro con gente de aquella época que me dice “Ay, Nati, ¿cómo andás?” (...) La televisión es muy jodida.

El haberla tratado de “uruguayita bruta” suponía ponerla en su lugar, es decir, recordarle que su verdadera identidad era la regida por la metáfora (tácita) de la penetración cultural, y no la de quien la acomete, ya que este otro espacio social estaría reservado para los locales, los miembros de una sociedad más potente y admirable per se. Su narración (auto)glorificante supone dos cosas: primero, reconocer el poder de la metáfora de la penetración, aún si la intenta delimitar a su oficio, y segundo, el presentarse a sí misma al público –vía el periodista– como aque-

lla que logró a pura voluntad (y talento) dar vuelta la norma metafórica, revertir la acción previsible –ser sometida a la penetración del poderoso, es decir, de los actores y actrices argentinos– y volverse célebre al hacerlo. Así es como interpreto el pasaje del papel muy secundario (“más de un bolito no vas a poder hacer”), al éxito resonante y audible de “un personaje que hablaba muchísimo”. Salvando las distancias, la transformación que va de ser una mera figurante, alguien cuya presencia no es más que el fondo adecuado de los protagonistas, a los que tienen el poder de la palabra frente a la mudez de quien sólo acompaña decorativamente, no me parece tan diferente del deseo de cambio que el político uruguayo y los periodistas argentinos narran, en relación al triste lugar de sus respectivos países dentro del Mercosur. Parece muy duro el destino de ser un “bolito” actoral o geopolítico, como reflexiona con amargura la actriz-cantante – quien “lo dice con un gestito de asco”, acota el entrevistador. Uruguay y Paraguay, en mis ejemplos tomados de un lado y de otro del Río de la Plata, desempeñan en la actualidad de quienes opinan sólo un “bolito”, es decir, un rol de escasa monta en ese drama épico que se desarrolla ante su presencia casi muda, y que es el Mercosur.

El vigor de esta breve pero intensa travesía desde los harapos a las riquezas parece haber alcanzado al periodista, y él se decide entonces a indagar un poco más sobre esta forma light de xenofobia que inesperadamente trajo a la conversación la estrella entrevistada. No sin cierta incredulidad, imagino, él le pregunta:

Pero ¿sentías que te jodían por ser uruguayo?

Y la actriz, seguramente sin proponérselo, de un rápido plumazo verbal, completa el elenco de los actores menores y relegados mercosureños:

Habría sido lo mismo si hubiera sido paraguaya.

Tal vez sea el peso anticipado de los signos que ha lanzado casualmente al micrófono, y que ella ya ve o imagina impresos en las amplias páginas de la revista, lo que termina por intimidarla. Lo cierto es que un poco más adelante en la entrevista, Natalia Oreiro intenta corregir su denuncia, ese “yo acuso” light pero inculminatorio del otro. O al menos procura suavizarla, porque no es un dato menor que su actual fama nació precisamente en el territorio de ese otro un poco xenófobo. Como si se diera cuenta por la tensión del momento de que sencillamente ya no es posible retirar lo dicho, ni allí ni en ninguna otra circunstancia, y para quitarle algo de su dureza, la joven busca reconducir el asunto hacia un terreno menos escabroso, de mayor plausibilidad social que la denuncia previa. La luminosa estrella de la canción juvenil y del teleteatro rioplatense argumenta entonces así:

Si hubiera sido tucumana, me habrían dicho: “Cabecita, todos los tucumanos vienen acá para trabajar. ¿Qué hacés?” Se agarraban de lo que podían.

Tal vez sea cierto lo que ella dice, quizás ella en verdad lo crea... La alusión al prejuicio contra los “cabecitas negras”, reivindicados del desprecio por la le-

gendaria Evita Perón, es sin duda una salida elegante: no sería contra lo uruguayo, sino contra todo lo que no es capitalino; cuando son tantos los menoscabados, es casi un orgullo negativo ser uno de ellos. Pero lo que Natalia agrega no cambia el hecho de que el lugar exacto del cual se “agarraron” quienes buscaban someterla a una lógica de exclusión era *su nacionalidad* (uruguaya). Me refiero a ese origen vecino, fraterno y rioplatense tan cercano que a veces parece invisible, como si el ser uruguayo no fuera más que un anexo playero-estival y, mucho tiempo atrás, un conveniente lugar de exilio transitorio.

Si dejamos de lado el aspecto “psicológico” –el probable resentimiento hacia la joven y ascendente figura que viene de la periferia, que obviamente no es de allí, de Buenos Aires–, queda flotando en el aire un aura peyorativa, el desdén muy palpable dirigido hacia esa “tierra productora de mozos”. Aún recuerdo la inquietud visible de muchos jóvenes uruguayos con quienes trataba como docente o investigador cuando, junto a los nuevos aires de integración mercosureña, desde el olimpo político comenzó a circular un eslogan: *Uruguay, país de servicios*. Muchos de mis interlocutores jóvenes, al plantearles qué sentido encontraban en esa frase tan difundida, parecían contemplar con fijeza horrorizada la visión de una tierra en la que pululaban mozos y nada más que miembros del gremio gastronómico, quienes corrían de un lado para el otro con abundantes pedidos, que florecían gracias a la entrada del paisito en el Mercosur. De ser la Suiza de América a convertirse en el reino de los servicios, tal parece ser uno de los derroteros conjeturales reservados para el socio más pequeño del Mercosur.

Voy a detenerme, para ya terminar con este abordaje a la identidad desde diversas voces rioplatenses, en dos ejemplos tomados de la televisión local uruguaya. Con ellos, con sus palabras e imágenes, que debo contentarme con evocar de manera muy sucinta, cierro mi recorrido por esta cartografía microsociológica de una porción del Mercosur.

Seré un clon, pero un clon enamorado: el curioso caso del programa Gente Récord en el canal oficial uruguayo Sodre

Casi a título de inventario, quiero mencionar aquí el caso muy curioso de un programa que parece llevar a un extremo impensado esa difusa ansiedad de la clonación y la penetración que señalé arriba, como un lugar recurrente en el discurso juvenil uruguayo de mi estudio. Una cosa es tomar un elemento del otro –el caso del lenguaje procaz u obsceno que habría adoptado un programa de humor tradicional de la televisión uruguaya– y otra muy diferente es el entregarse a un proyecto explícita e irrevocablemente clónico. Tal fue el caso, durante un par de años, de un programa juvenil llamado Gente Récord, que era emitido por el canal oficial (Canal 5 Sodre), el único con cobertura nacional en Uruguay.

La mención al canal oficial no es aquí algo menor. En un capítulo dedicado a relevar la supuesta decadencia de la cultura auspiciada por el Estado argentino, concretamente en las radios oficiales, leemos en un apartado cuyo título es más que elocuente, “Homenaje al Sodre de Montevideo y a la cultura uruguaya”, lo siguiente:

[CX 6 AM Sodre] se ha mantenido y se mantiene como un bastión de la cultura en América Latina. Eso es tradición cultural. Eso es servicio. En algunos momentos, la onda del SODRE ha sido la única que ha traído un mensaje de elevación espiritual a estas playas devastadas por el populismo. Vayan a esa emisora magnífica mi agradecimiento y mi homenaje, por la estructura equilibrada y muy meditada de su programación, por la serenidad y la precisión de sus mensajes verbales (Bosch 1992: 263).

Aunque puede sostenerse que esa dedicación exclusiva a la “alta cultura” no se repite tal cual en la emisora televisiva oficial del Canal 5 SODRE, sí hay en ella, cuando se compara su programación con la de los canales comerciales, un evidente sesgo “culto”. Espacios de divulgación científica, entrevistas a personalidades de la cultura, programas periodísticos serios, emisiones sobre ballet, teatro, ópera, etc., conforman en su conjunto un menú bastante distinto al de los demás canales abiertos y privados del Uruguay.

Dicho lo anterior, se vuelve más notorio y digno de mención el que ese canal oficial Sodre haya decidido integrar a su programación de los sábados de noche, exactamente a medianoche, un programa que además de pertenecer al mismo género (juvenil-de entretenimiento) que el conducido por el famoso animador argentino Marcelo Tinelli, constituía en cada uno de sus aspectos una réplica asombrosa de Videomatch. No sólo en su horario –al menos el de los primeros tiempos del argentino– sino en cada palabra, gesto, tic, y recurso humorístico desplegado por el animador uruguayo Fredy Cabot, la estructura del programa uruguayo Gente Récord se encargaba de hacer realidad el vago terror local, consignado en mi estudio de los jóvenes, de ser sólo clones de la juventud argentina, a causa de la omnipresente penetración (cultural) ejercida por el vecino país sobre la mucho más débil y desdibujada cultura popular uruguaya.

Puede medirse el éxito de este verdadero “replicante mediático”, una instancia insólita de lo auténticamente falso, por el tiempo relativamente largo durante el cual permaneció en el aire (1994-1996) y por los dedicados fans de los que disfrutó. A través de cartas publicadas en revistas especializadas como Sábado Show, éstos se encargaban de combatir con vigor las críticas relativas a la flagrante imitación en que incurría ese programa local. En verdad, *no era el animador uruguayo Fredy Cabot un (mero) imitador*, algo que es por lo menos discutible, como la controvertida noción de “originalidad” en el arte o en las teorías. Cabot y su programa no imitaban al otro, sino que se dedicaban a *encarnarlo como un genuino clon*: Gente Récord reproducía amorosamente, casi al milímetro, todo lo

que exhibía como su marca registrada la “célula madre”, es decir, el programa Video Match del argentino Tinelli en el canal Telefé.

Cabe preguntarse qué puede haber llevado a que: i) alguien diseñara un programa nacional clonado de otro argentino; b) alguien en el canal oficial uruguayo, dedicado a enaltecer la “alta” cultura, como observa Bosch arriba, aceptara de buen grado incluir este clon inocultable en su programación; c) cierto número de jóvenes en la sociedad uruguaya adhirieran a esta propuesta en la medida suficiente para que la misma permaneciera en el aire mucho más tiempo que el de un mero experimento, y llegara a formarse la masa crítica necesaria para que circularan cartas de fieles del programa Gente Récord. El asunto puede parecer menor, pero si lo tomamos dentro del conjunto de observaciones aquí consignadas tenemos un elemento más, y no poco elocuente, sobre la vigencia de las metáforas que he descrito hasta el momento. Entre el miedo a ser un clon de una presencia más vigorosa y distintiva –el “ser más” de los jóvenes argentinos, desde la mirada juvenil uruguaya, o la dimensión colosal y apabullante del Brasil, según la óptica de los periodistas argentinos– y esta autoinmolación en el templo del penetrador, al que se convierte en modelo irresistible al punto de volverlo la matriz de la clonación, creo que hay una continuidad de significación digna de ser investigada.

La clonación en clave irónica y ambivalente: el miedo de no ser, y las ansias de parecer otra cosa

“Pa’lo chiquito que somos, vamos bien” (Palabras de la periodista uruguaya Sonia Breccia, en la apertura de la emisión inaugural del ciclo 2000 del programa televisivo Hoy por Hoy, 24 de marzo de 2000).

A modo de un breve epílogo de los signos mediáticos y masivos que consideré arriba, quiero presentar un ejemplo que se ubica en las antípodas del clon feliz y voluntario que es el programa juvenil Gente Récord de Fredy Cabot, pero que, pienso demostrar, tiene algo más en común con aquel que su inclusión en el menú del canal televisivo oficial uruguayo Sodre.

Se palpa una evidente emoción propia de un debut en el aire del estudio ascético pero digno del canal oficial uruguayo, aunque ese 24 de marzo de 2000 a las 21 horas se cumplían *doce años* de emisión consecutiva del programa periódico Hoy por Hoy, en ese horario nocturno, y bajo la conducción de la conocida y reconocida periodista de radio y televisión Sonia Breccia. Para dar un indicio de la respetabilidad del personaje y de su trayectoria en el ambiente local, transcribo ahora algo que leo en una tarjeta abierta sobre mi escritorio de trabajo: “La presentación del libro estará a cargo de [siguen los nombres de científicos sociales y de un político uruguayos], y contará con la moderación de la Sra. Sonia Breccia”. El libro en cuestión, naturalmente, no es una nueva dieta, ni se ocu-

pa de romances recientes en el mundillo artístico de Uruguay, sino que es un sedudo estudio académico cuyo título no deja duda alguna sobre la enjundia del mismo: *La larga espera: itinerarios de las izquierdas en Argentina, Brasil y Uruguay*. Esta introducción era necesaria para que el lector pudiera imaginar la seriedad y densidad intelectual e informativa de la conductora televisiva y, en consecuencia, de esta versión uruguaya del género talk show o espectáculo de charla, que conoce en otras latitudes –Argentina o Brasil para no ir más lejos– variantes mucho más circenses.

Ese 24 de marzo de 2000 a la noche, fecha de relanzamiento del ciclo, se producen algunos cambios importantes en la estructura del periodístico televisivo. Quienes trabajan en los medios masivos saben bien la importancia decisiva de la *metacomunicación*¹¹, es decir, ese tipo de mensaje que sirve para clasificar otro mensaje que normalmente viene después. El metamensaje funciona además como un prólogo clave: determina el tipo de actitud que debería adoptar un espectador “modelo” para recibir, de la mejor manera posible, lo que sigue. Por eso, en estos primeros tensos y decisivos minutos del reencuentro con su público –los adeptos al género y no necesariamente de los mismos individuos– la periodista rompe con una tradición de su programa: ella recibe a su público de pie. La norma en Hoy por Hoy ha sido el verla sentada detrás de una amplia mesa circular, o en un sillón dispuesto frente a otro similar, en el cual se sienta su invitado. Esta vez Breccia parece indecisa: ni toma posesión de ese espacio nuevo con un desplazamiento, aunque sea mínimo, ni retoma su asiento habitual, detrás del escritorio circular. Nos habla de pie, como si se escudara detrás del mueble, en una suerte de indefinición o transición entre la vieja época y una nueva que recién comienza.

¿Por qué detenerme en algo tan menor? Porque es desde esa nueva postura que ella va a anunciar lo que viene en este ciclo 2000 de Hoy por Hoy. Y lo hace de un modo inédito: habla con el ámbito detrás de cámara, una zona tan poco preparada para su inclusión que, cuando la cámara no tiene más remedio que enfocarla, apenas podemos distinguir a quien habla con la conductora por la profunda oscuridad en la que está sumida, y que evidentemente no es un “efecto especial”, sino sólo una insuficiente iluminación, un problema técnico típico de una inauguración. La habitualmente seria periodista habla con la responsable de la producción, y en broma le dice en su propia defensa que, dadas las circunstancias, y en razón de todo lo que debía mencionar ese día, no ha hecho hasta el momento un mal papel. Cito textualmente el modo en que la conductora del programa se burla de sí misma: *‘Pa’lo chiquito que somos, vamos bien’*. Conviene retener esa frase para comprender mejor lo que ocurrirá luego, en el instante climático de esta presentación que ofrezco aquí como última evidencia sobre la identidad narrativa mercosureña, y sus temores y metáforas constitutivas.

Acto seguido, la periodista Sonia Breccia nos introduce en un espacio de casi intimidad, no muy diferente al del monólogo del teatro clásico cuando un per-

sonaje devela sus pensamientos más íntimos; en un espacio que por convención sólo puede escuchar el propio hablante, pues es un lugar aparte de todos los que están sobre el escenario: es tan sólo su pensamiento “silencioso”. Estas son sus palabras de ese día inaugural, en ellas se centra mi análisis:

Porque además *me sentaron a mirar El día D* de [Jorge] Lanata, y *me dije -ron que tenía que ser como Lanata. Obviamente no lo logré (se sienta). Da un trabajo bárbaro ser Lanata.*

En su “análisis del marco”, el microsociólogo Goffman explica cómo la puesta en clave (*keying*) más vieja y usada del mundo debe ser el decir o hacer algo y luego intentar hacerlo pasar por un chiste: “¡fue (sólo) una/en broma, no fue en serio!” (Goffman 1986: *passim*). De ese modo liviano, irrumpe en la escena televisual la metáfora clónica de un modo explícito y auto-irónico, y tácitamente también se presenta la metáfora de la penetración cultural, aunque en este caso particular dicha penetración sea sólo virtual¹². ¿Qué significa que a alguien con la trayectoria de esta conductora “seria” uruguaya la hayan, según sus propias palabras, “*sentado a mirar*” al otro, al renombrado periodista y editor argentino Jorge Lanata? Y algo mucho más inquietante aún, ¿qué quiere decir que le ordenaron que ella “tenía que ser como Lanata”? En una muestra de lo que he descrito en otra parte como la muy uruguaya “jactancia negativa”, es decir, el acto de enorgullecerse por no enorgullecerse, la periodista Breccia afirma que *ella no ha tenido éxito* –lo que sin duda sería un éxito, ya que supone que ella ha permanecido fiel a sí misma, a su personal estilo (Andacht, 1996: 231-233). Y sin embargo no es así.

Junto con la ironía administrada al sí mismo, junto con la exposición o sobreexposición de esa irresistible tendencia, que aquí describo como metáfora clónica, y su casi infaltable acompañante, la metáfora de la penetración, hay una marcada ambivalencia en el gesto de la periodista. Aunque toma asiento luego de proclamar su fracaso (en ser Lanata), y parece así renunciar a ese intento por tomar con soltura el espacio circundante para volver a ocupar el sitio de siempre –la forma habitual de conducir su *Hoy por Hoy*–, anunciará que todo ha cambiado. Presenciamos así la supuesta renuncia a parecer lo que no se es, pero que evidentemente se admira, y la noticia de que ya nada será igual, a causa de ese modelo inquietante. El tradicional programa de entrevista, donde sólo de modo excepcional se rompía la regla de más de un invitado por vez, es ahora declarado pública y formalmente “un semanario televisivo”. Así, lo que era un breve espacio introductorio ocupado por un especialista (ej. un experto en opinión pública), pasa ahora a ocupar todo el programa. Este se abocará a discutir “las noticias más importantes de la semana y a analizarlas”, nos dice triunfante esta periodista uruguaya que quiso pero no pudo ser Jorge Lanata. No creo casual que la estructura de *El Día D* mencionado por Breccia sea, en su origen dominical al menos, una revisión más o menos polémica y comprometida de los acontecimientos de los días de la semana previos, con intervención de diversos columnistas fijos, etc.

Aparentemente, con el programa uruguayo Hoy por Hoy tocamos la antípoda, en cuanto a género y a estilo, del antes discutido Gente Récord, en ese mismo canal oficial. Nada parecería más alejado de aquel periodístico comprometido con la actualidad política, económica y sociocultural uruguaya, que el entretenimiento juvenil clonado en la persona del animador uruguayo Fredy Cabot, a partir de Video Match y de su conductor, Marcelo Tinelli. Y sin embargo... ¿qué implica la maniobra de presentar y al mismo tiempo negar una perturbadora influencia y modelo —el periodístico televisivo argentino al mando del argentino Lanata? ¿No supone también el reconocer el influjo casi hipnótico del clon, de la penetración, y en definitiva de la adicción a ese otro que parece irresistiblemente seductor, pues está investido de todo lo que no posee y desea poseer el nosotros? Desde un estilo discursivo muy distinto, creo haber encontrado en el periodístico “serio” una nueva manifestación de las mismas tres metáforas, de la misma ansiedad de ya no ser (uno mismo), y del vivo anhelo de parecerse (al otro).

Conclusión: sobre simetrías y desequilibrios en el Mercosur

Penetración, clonación y adicción. He aquí los tres signos metafóricos y reales que relevé en mi heterogéneo corpus rioplatense. Ellos son *metafóricos* porque representan su objeto en términos de otro distinto, y lo hacen en base a una analogía; son *reales* ya que entre sus consecuencias encontramos nada menos que la constitución de la identidad social de quienes emplean estas metáforas, de un modo u otro, en sus discursos. El análisis pragmático del significado que he empleado se limita a considerar cuáles son los efectos sensibles que se pueden concebir a partir de una concepción determinada, ya que eso, y no otra cosa, constituye el objeto de un signo, y como tal puede describirse experimentalmente.

En contraste, el signo no metafórico Mercosur aparece, al final de este recorrido analítico, dotado de una realidad más incierta que las tres metáforas consignadas. Si como criterio de realidad incluimos la exigencia de que su denotación incluya, es decir íntegra, clara y recurrentemente, a los *cuatro* miembros que fundan este tratado regional, no parece ser ésta una de las consecuencias que conciben quienes se refieren a él en mis variados ejemplos. O por lo menos aquel signo no los denota en calidad de miembros/socios simétricos, equivalentes en la relación. Creo haber detectado allí una de las explicaciones de la inquietud que recorre esta región en su matriz sociocultural, según lo expresan las palabras e imágenes de algunos de sus habitantes.

Las metáforas de la clonación, la penetración y la adicción trazan el contorno de un mapa de la ansiedad regional; lo presentado constituye el contorno de la identidad narrativa de dos de los socios del Mercosur, esa macrounidad geopolítica tan

reciente como inquietante en esta parte del mundo. Uso el término “inquietante” en su doble acepción, de aquello que ejerce sobre nuestro cuerpo una poderosa atracción, y de aquello que causa en él ansiedad, temor, y nos lleva a la retracción.

Del lado uruguayo, estas metáforas se inscriben en la tradición de “la identidad negativa” local (Andacht 1998). ¿Qué le ocurre al Uruguay como nación, a un país que tradicionalmente se ha definido por carecer de un self o sí mismo bien definido y suficiente, como lo viera tempranamente Carlos Real de Azúa, de cuya obra he tomado varias ideas rectoras para el presente estudio (Real de Azúa 1964, 1984)? Cuando la escasa o insuficiente definición cartográfica y geopolítica uruguayo –la condición de estado buffer o “amortiguador”– se reinscribe en algo sustancialmente mayor como el Mercosur, junto a la posibilidad de su incremento y ratificación como estado aparece también la posibilidad de repetición y exacerbación de esa historia de negatividad sociocultural. Surge renovado el miedo del pequeño país a perderse por completo, a ser olvidado, a verse forzado a emprender la travesía del buque fantasma, sin un destino manifiesto, para emplear una imagen que le escuché hace algunos años al estudioso uruguayo Alberto Methol Ferré. Para el caso argentino, creo que hay otras coordenadas culturales e históricas que bien vale la pena analizar con detenimiento en esta nueva encrucijada política de lo regional instituido. Otro tanto vale, por supuesto, para los otros dos socios mercosureños, de quienes no me he ocupado en el presente trabajo.

Las metáforas que presenté y que rigen estos heterogéneos textos sociales, tienen como punto en común el enfrentamiento agónico entre el rasgo de pasividad y el de agentividad social e identitaria. El equilibrio entre ambos rasgos es sin duda delicado; si aquel se rompe de modo muy notorio, aumenta el sufrimiento social considerablemente, pues peligra la posibilidad de devolver la palabra, de tomar iniciativas, de integrarse realmente en lo que el filósofo inglés Michael Oakeshott llamó “la conversación de la humanidad”. El desequilibrio identitario, personal y colectivo, se agudiza cuando se es avasallado por el otro (*penetración*), o cuando se sucumbe voluntariamente a la fusión con el otro y se lo reitera obsesivamente (*clonación*), o cuando se siente que sin su presencia modélica poco se puede hacer o ser (*adicción*), como espero haber mostrado a través de mis ejemplos. Como cientistas sociales es nuestra responsabilidad no aplazable el “revisar la noción de integración”, para emplear la oportuna formulación propuesta por Elizabeth Jelin en un trabajo reciente sobre los problemas socioculturales de la integración en el mundo:

Es necesario (...) revisar la noción de integración, y buscar modalidades de diálogo ligadas al reconocimiento y a la valoración de la diversidad y el pluralismo. (...) De lo que se trata es de incorporar en el análisis el grado de simetría entre interlocutores o participantes de un proceso (1999: 28).

Al carácter tentativo de todo ensayo se suman en éste la relativa novedad del marco geopolítico y lo incipiente de la clase de investigación cualitativa que pro-

pone. No he pretendido con estas notas otra cosa que abrir un amplio abanico de preguntas, de dudas, y a la vez esbozar un posible método y un campo de investigación. Estimo que tal emprendimiento, si fuera llevado adelante de modo sistemático y conjunto por investigadores de los países de la región, podría aportar materiales relevantes para comprender un fenómeno nuevo y complejo, aunque con algunas semejanzas de familia, sin duda, con otras realidades geopolíticas del mundo, como la Unión Europea, uno de los referentes más obvios de nuestro Mercosur. Esta analogía, sin embargo, puede resultar engañosa si se subestima todo lo de diferente y específico que tiene el proceso de integración en esta parte del mundo. Evaluar lo similar y lo diferente de la identidad que resulte de este encuentro aún incierto es nuestra tarea futura, tan ardua como ineludible de encarar.

Bibliografía

- Andacht, Fernando 1994 *Para seducirte mejor. La campaña electoral uruguayana como un peculiar espejo* (Montevideo: Trilce).
- Andacht, Fernando 1996 *Paisaje de pasiones. Pequeño tratado sobre las pasiones en Mesocracia* (Montevideo: Fin de siglo).
- Andacht, Fernando 1997 “Pasiones mediáticas en la era de la integración desintegradora”, en *Prisma* (Montevideo) N° 8.
- Andacht, Fernando 1998 “Un estudio interdisciplinario del funcionamiento semiótico de la imaginación social y del mito fundacional de un temprano Estado de Bienestar latinoamericano” (Noruega: Universidad de Bergen) Tesis doctoral inédita.
- Andacht, Fernando 1999 *Investigación cualitativa sobre cultura juvenil uruguayana* Inédito.
- Baena Paz, Guillermina 1992 “Pepsi o las nuevas industrias culturales”, en *Las Industrias Culturales* (México: Opción) Vol. II.
- Bosch, Jorge 1992 *Cultura y contracultura* (Buenos Aires: Emecé Editores).
- Cotelo, Emiliano 1998 “Entrevista con el senador herrerista L. A. Heber”. Programa radial *En Perspectiva*, 13/5, *El Espectador* <http://www.espectador.com>.
- Goffman, Erving 1959 *The presentation of self in everyday life* (New York: Doubleday & Co. Anchor Books).
- Goffman, Erving 1971 *Relations in public* (New York: Basic Books).
- Goffman, Erving 1974/1986 *Frame Analysis* (Boston: Northeastern University Press).
- Goffman, Erving 1988 “L’ ordre de l’ interaction”, en Winkin, Y. (ed. y prólogo) *Les moments et leurs hommes* (Paris: Seuil).
- Jaguaribe, Helio 1999 “Mercosur y las alternativas de ordenamiento mundial”, en *Cuadernos de Marcha* (Montevideo) Año XIII, N° 150.
- Jelin, Elizabeth 1999 “Introducción”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, N° 159 (edición Internet).
- Laing, Ronald D.; Herbert Phillipson and A. Russell Lee 1966 *Interpersonal Perception* (London: Tavistock).
- Lakoff, George y Mark Johnson 1980 *Metaphors we live by* (Chicago: Chicago University Press).
- Neilson, James 1999 “Ser grande es hermoso”, en *Página 12* (Buenos Aires) 19/1.

Nudler, Julio 2000 “El Mercosur es Macondo”, en *Página 12* (Buenos Aires) 25/3.

Peirce, Charles 1931/1958 *The Collected Papers of Charles S. Peirce* (Cambridge, Mass.: Charles Hartshorne, Paul Weiss y Arthur Burks-Harvard University Press).

Piglia, Ricardo 1997 *Plata Quemada* (Buenos Aires: Planeta).

PNUD 1999 *Informe sobre el desarrollo humano* (Montevideo).

Posner, Roland 1999 “El efecto Reagan” (trad. de F. Andacht), en *Actas del IV Congreso Latinoamericano de Semiótica* (La Coruña, España) A publicarse.

Real de Azúa, Carlos 1964 *El impulso y su freno* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental).

Real de Azúa, Carlos 1984 *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental).

Rey, Pedro 2000 “Especial Hot. Entrevista a Natalia Oreiro”, en *Rolling Stone* (Buenos Aires) Año 2, N° 22.

Ricoeur, Paul 1992 *Oneself as another* (trad. de K. Blamey) (Chicago: The University of Chicago Press).

Unamuno, Miguel de 1986 (1894) *El gaucho Martín Fierro* (Montevideo: “El Galeón”). Original “El gaucho Martín Fierro”, en *Revista Española*, Año I, N° 1, Febrero.

Notas

1 Cito a Peirce según la convención habitual: “x.xxx”, que remite al volumen y al párrafo de los *Collected Papers* (1931/1958).

2 El título que se le da a la desgrabación en Internet que utilicé es “El Mercosur y su evaluación. El Herrerismo propone una pausa para reflexionar”, 13/5/98, *En Perspectiva*, <http://www.espectador.com>.

3 Ver Andacht (1994: 72-75), donde se describe el impacto mediático de ese incidente, “el Martes negro”, que aporta un elemento épico a la campaña electoral de aquel año en Uruguay.

4 Para un desarrollo de la noción de una identidad negativa histórica ver Andacht (1998).

5 Para la más fácil referencia he presentado los trozos de discurso por bloques, ordenados con números identificados según el grupo en el que ocurrió. Todo lo que aparece entre paréntesis rectos se agrega para la más fácil lectura, y suple elipsis propias del registro oral e informal, tal como se dio en la discusión grupal.

6 Ver arriba bloque 2.

7 Todas las referencias, hasta que se indique lo contrario, provienen de Neilson (1999).

8 Me baso para esta afirmación en algunos de los datos publicados en la última edición internacional del *Informe sobre el desarrollo humano* (PNUD, 1999). De acuerdo a esta fuente, Uruguay estaría en el primer lugar del continente americano en lo que respecta a la distribución del ingreso, y casi a la cabeza en lo que atañe a algunos índices de desarrollo humano.

9 Las referencias ahora son Nudler (2000).

10 Ver el ya citado artículo en Jaguaribe (1999: 14-15).

11 La noción aparece a fines de los años ‘50 en trabajos del biólogo Gregory Bateson, y es retomada por el sociólogo Erving Goffman para la elaboración teórica de su “análisis del marco” (1986).

12 Salvo quienes reciben una de las señales de televisión por cable del mercado, los uruguayos no acceden al canal argentino por el cual se emite el programa de Jorge Lanata; por eso hablo de una penetración de tipo “virtual”.